

BIENES INMUEBLES

por

Alejandro Tloupakis

Pensó que ver una vez más la casa que al día siguiente iba a señalar lo ayudaría a decidirse. Además ya estaba insomne y, en una noche tan calurosa, tomar un poco de aire le haría bien. Después, cuando iba en el auto, pensó que la idea tenía un sesgo supersticioso. Como si esperara descubrir algún signo más extraordinario que la mera comprobación de si la zona era demasiado oscura o si había ruidos molestos o si el frente de la casita era por lo menos digno.

En todo caso, sabía que la indecisión sobre la operación inmobiliaria —le gustaba esa expresión, despersonalizaba un poco el asunto— encubría otra clase de incertidumbre. Las dudas no tenían ninguna relación con Roxana ni con el casamiento. Sin embargo, tenía la certeza de que elegir una casa u otra, un barrio en vez de otro, era crucial para que ellos fueran felices o no. No era capaz de imaginarse la felicidad o la desdicha en abstracto; el futuro, para él, estaba unido a lugares precisos. Aunque, todavía, indeterminados.

Al doblar desde el asfalto perfecto de la avenida hacia la calle adoquinada, sintió que entraba en un tiempo más silencioso, más lento.

Estacionó: prefería acercarse a pie.

Las hojas de los árboles filtraban la luz amarillenta del alumbrado; cuando la brisa las movía, desarmaba los bordes prolijos de las sombras. Pero enseguida silencio y rumor, luz y penumbra equilibraban sus valores.

Él trató hasta de amortiguar el ruido de sus pasos. Pen-

só que la calle, tan inmóvil e inhóspita, se había preparado de esa manera para su visita: para que pudiera dialogar a solas, secretamente, con la que iba a ser su casa, con su futuro, consigo mismo.

Cuando estuvo a metros de la puerta, se dio cuenta de que había alguien sentado en el umbral, fumando.

—¿Vos? —dijo el del umbral— ¿Qué hacés acá?

A él lo sorprendió la naturalidad con que el otro le hablaba, y su propia naturalidad al contestarle:

—Quise echarle una última ojeada a la casa, de afuera. Nunca me imaginé... esto.

—Yo tampoco —replicó el otro—, aunque hace un rato, en la cama, algo intuía. —Estaba con un short y en ojotas, el calor lo habría hecho levantarse—. Vení —dijo incorporándose—, caminemos un poco. Disculpá que no te haga pasar: capaz que Roxana se asusta.

Sólo al llegar a la esquina, él tomó plena conciencia de que estaba caminando por su futuro barrio con un hombre que era él mismo dentro de un tiempo, mientras su mujer, o la del otro, dormía en la casa que él iba a señalar el día siguiente.

—Me pregunto —atinó a decir— cómo puede ser que...

—Yo también —contestó el otro—, pero sospecho que no va a repetirse, algún error habrá habido. Así que mejor aprovechemos este rato, tendrás un par de preguntas para hacerme.

Pero él todavía no tenía ninguna, simplemente lo miraba. Lo veía bastante más gordo y con la barba descuidada. Su aspecto lo deprimió un poco.

El otro pareció advertir que le miraba la panza, y sonrió.

—Los dos sabemos lo bien que cocina Roxana —dijo—. Aunque vos todavía no probaste sus mejores salsas.

A él ese comentario le hizo pensar en la cantidad de tiempo que los separaba. Se lo preguntó.

—Para que te des una idea —le explicó el otro—, mañana se cumplen exactamente tres años desde que señé la casa. Tenía que llegar a la inmobiliaria a las nueve, y a las ocho y media ya estaba ahí.

Caminaron un rato en silencio hasta que él le pidió un cigarrillo, y pararon para encenderlo. Cuando el otro le acercó el encendedor a la cara, se miraron a los ojos, profundamente.

—Después de este encuentro —dijo él de pronto—, descarto que pueda hacer otra cosa que pagar mañana esa reserva. No tiene sentido que te pregunte si hacerlo o no. Tampoco me interesa saber qué va a pasar, o qué pasó, con mi trabajo, con mi carrera. Creo que lo único que quiero saber es... —dudó un momento en preguntarlo o no— ¿Estás bien? Quiero decir si sos feliz.

En ese momento, se encendió un reflector que los dejó por un segundo ciegos, y un rugido feroz los hizo estremecer. Contra la verja de un ostentoso chalet, un rotweiler les ladraba con toda su furia. Se alejaron unos pasos, el reflector se apagó y el perro se quedó gruñendo.

Cuando él miró al otro a los ojos a la espera de la respuesta, en su mirada vio pánico. Y al llegar de vuelta a la puerta de la casa, notó que el espanto del otro no terminaba de disiparse, y que ya no quería seguir afuera.

—Ya me voy —dijo él—, pero antes contestame la pregunta que te hice.

Primero oyó unos sollozos, después fue un llanto agudo y crispado. Por las rendijas de la persiana vio que se acababa de encender una luz.

—Parece que Lucas se despertó —dijo el dueño de casa—. Tengo que entrar.

La irrupción del bebé en ese encuentro —en su vida—, lo sorprendió más que ese pliegue en el tiempo que lo había hecho converger con el otro.

—¡Esperá, no te vayas: tenés un hijo? ¿Tenemos un hijo? ¡Es algo muy fuerte! ¿Sobre eso tampoco me vas a decir nada?

El otro ya había abierto la puerta para entrar.

—Mirá —dijo volviéndose—: los dos somos profesores en letras, pero para estas cuestiones, con las palabras no se puede contar.

No se abrazaron, no se dieron la mano, apenas se sonrieron con un gesto parecido.

—Dónde estabas, me pareció que hablabas con alguien.

—En la vereda, con un vecino. Otro trasnochado. ¿Qué le pasaba al gordo?

—Nada, estaría soñando.

Él se sentó en la cama y cambió la hora del despertador.

—¿Lo adelantaste? —preguntó ella—. Si estamos de vacaciones.

—Tenés razón.

Por un momento se había propuesto estar a las nueve en punto en pie, como si él pudiera hacer algo, como si pudiera evitar con su vigilia que, a las nueve y un minuto, Lucas, Roxana, la casa, el universo... desaparecieran en el caso de que alguien no estuviera a esa hora en el lugar indicado, entregando unos billetes, dibujando en un papel una firma idéntica a la suya.

Alejandro Tloupakis es licenciado y profesor en letras, egresado de la USAL, y ejerce la docencia secundaria y universitaria.